

Capítulo 4

MI CUERPO Y YO

El 18 de mayo de 2013 nos reunimos en Sevilla un numeroso grupo de antiguos alumnos del Colegio Calasancio Hispalense (Escolapios). Algunos de ellos, sobre todo los que no vivimos en Sevilla, no nos habíamos vuelto a ver desde hacía casi cincuenta años; para poder reconocernos llevábamos colgada al cuello una tarjeta identificativa con una fotografía de los tiempos del colegio y otra actual (figura 11).

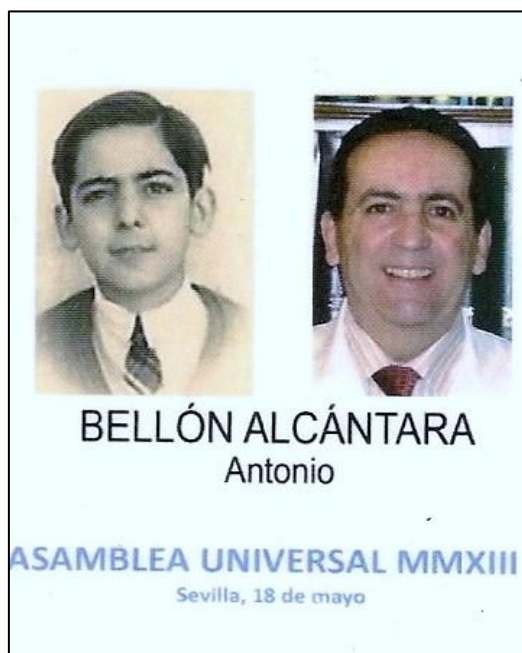


Figura 11

Al momento de haber llegado al punto de encuentro se me acerca un compañero, que me reconoció porque había visto recientemente una foto mía; a pesar de que habitualmente soy buen fisonomista, yo no lograba identificarlo. Viéndome totalmente despistado, me dice: << Soy Manolo C...>>. << ¡Hombre, Manolo C...! >>, le respondí con asombro. Habíamos sido muy amigos durante los años de colegio y, sin embargo, ahora no le reconocía. Nos dimos un fuerte abrazo y un poco después, mientras charlábamos animadamente, llega otro antiguo compañero, mira la tarjeta identificativa que llevaba colgada a mi cuello y me dice sorprendido: << ¡Hombre, Antonio Bellón! >>. Yo tampoco le reconocí, y me dice: << Soy Pepe C...>>. Tras la sorpresa inicial, vinieron nuevos abrazos y en pocos minutos habíamos retrocedido cincuenta años en el tiempo. Reíamos a carcajadas recordando las múltiples anécdotas de nuestra época colegial.

¿Qué había pasado allí? Al llegar parecíamos extraños, puesto que muchos de nosotros ni siquiera nos reconocimos o, mejor dicho, no nos reconocimos por nuestro aspecto físico actual. En pocos minutos, a medida que nos íbamos identificando unos a otros, ya no teníamos ninguna duda; ¡éramos nosotros, los mismos de siempre, los que estudiábamos, jugábamos, nos divertíamos y reíamos juntos con las ocurrencias de nuestros profesores, a los que poníamos apodos tales como “El Patata”, “El Coyote”, “El Belloto”, etc.! ¡Qué enorme alegría! ¡Cuántos recuerdos infantiles acudían en tropel a nuestra mente!

En definitiva, nuestro cuerpo había cambiado extraordinariamente hasta tal punto de que, aunque todos los que allí nos habíamos reunido éramos del mismo curso y muchos habíamos sido muy amigos, sin embargo, necesitábamos ahora una tarjeta identificativa para poder reconocernos. No obstante, una vez identificados, nuestros recuerdos y vivencias eran tan nítidos que, como por arte de magia, retrocedimos en el tiempo casi cincuenta años.

Si relato aquí esta emotiva anécdota es porque nos va a servir para introducirnos en la cuestión que pretendo abordar en este capítulo: *¿Soy yo mi cuerpo?* Si respondo afirmativamente a esta pregunta he de admitir que soy exclusivamente materia y que estoy en continuo y permanente cambio, de tal forma que el que soy hoy no es el que era ayer ni el que seré mañana. Esto nos llevaría a otra conclusión: mi *ser* es un *no ser* puesto que no posee identidad propia permanente, solo soy un “permanente mutante”. Si esto fuera así, nadie, ni siquiera yo mismo, podría reconocerse en poco tiempo.

Por el contrario, si respondo que *yo no soy mi cuerpo*, entonces ¿qué soy yo en realidad, un espectro? Y, por otra parte, ¿qué es mi cuerpo, para qué me sirve? Pero además, mi cuerpo me ha sido dado, yo no lo he elegido, y he de aceptarlo tal como me lo he encontrado, me guste o no.

Julián Marías (1), discípulo destacado de Ortega y Gasset, resuelve esta aparente *aporía* afirmando: << Yo estoy en el mundo de manera corpórea; no soy mi cuerpo sino que tengo cuerpo, *soy corpóreo*, estoy instalado en mi cuerpo >>.

Parafraseando de nuevo a Ortega, en lugar de *Yo soy yo y mi circunstancia* podríamos decir aquí *Yo soy yo y mi cuerpo*. Como en el caso de la famosa frase orteguiana, el primer *Yo* no es idéntico al segundo *yo*; así el *Yo* primero significa aquí *quien yo soy*, mi *ser* en su totalidad, con las características propias que me hacen ser *persona individual*, es decir, único e irrepetible, con mi propia historia biográfica.

En cuanto a *mi cuerpo*, está muy claro que es el conjunto de órganos y sistemas que me constituyen como ser vivo, mi estructura física y material; aquello que enferma y que algún día tendrá necesariamente que desintegrarse. Pero, profundicemos más en el concepto *cuerpo* y hasta qué punto mi cuerpo es indispensable para mí. De entrada, podemos observar que el cuerpo humano tiene una serie de órganos dobles o múltiples: la sangre, la médula ósea, dos hemisferios cerebrales, doble circulación cerebral, dos ojos, dos oídos, dos orificios nasales, dos cuerdas vocales, cuatro glándulas paratiroides,

dos lóbulos tiroideos, dos pulmones, dos riñones con sus correspondientes vías excretoras, dos glándulas suprarrenales, dos testículos en el varón, dos ovarios y dos trompas de Falopio en la mujer, dos miembros superiores y dos miembros inferiores.

Esta duplicidad obedece a motivos de seguridad, de tal forma que la función que desempeña cada uno de estos órganos no se vea comprometida gravemente en caso de lesión; así por ejemplo, si un ojo se lesiona de forma grave e irreversible, la función visual no se pierde porque queda asumida por el otro ojo. El caso del hígado es muy particular porque, aunque es un órgano único e indispensable para la vida, tiene una gran capacidad de autorregeneración. Hace ya algunos años, una de mis pacientes necesitaba con urgencia un trasplante de hígado; le informé de que, aparte del trasplante de hígado de cadáver, existía la posibilidad de que una persona viva, preferiblemente un familiar, le donase parte de su hígado, con lo cual se ganaría un tiempo precioso. Una hija suya, médica de profesión, fue la donante; afortunadamente, todo salió bien y la hija le dio la vida a su madre como ésta se la había dado a ella muchos años atrás al traerla al mundo. En los casos de trasplante hepático de donante vivo, la capacidad natural de regeneración del hígado permite extraer hasta un 40-60% del hígado sano del donante, el cual al cabo de 6-8 semanas aproximadamente volverá a recuperar su tamaño original.

Pues bien, sigamos con la argumentación anterior. Es evidente que cualquier persona puede vivir “normalmente” con solo uno de los órganos dobles que hemos mencionado, pero también con órganos y tejidos no propios procedentes de otro ser humano, ya sea cadáver o vivo. ¿Hasta qué punto podría vivir una persona con varios órganos procedentes de otras? Hace años, otro de mis pacientes necesitaba también un trasplante hepático por padecer una cirrosis avanzada; este enfermo era además diabético y, a consecuencia de su diabetes, se habían afectado gravemente sus riñones. Por ello, no solamente se le trasplantó el hígado, sino también el páncreas y un riñón. De esta forma se le resolvieron los tres graves problemas que tenía, sin que por ello el paciente perdiera ninguna de sus características individuales o, dicho de otra forma, sin que se viera afectado su *Yo*.

Pero sigamos intentando filosofar aunque, como afirma Julián Marías (1), al penetrar en la filosofía nos surge una inevitable desorientación, porque caemos en la cuenta de que las cosas son más complejas de lo que se pensaba y que, por estar en conexiones recíprocas, hay que tenerlas en cuenta todas a la vez.

En la actualidad, las técnicas quirúrgicas y la quimioterapia anti-rechazo han avanzado tanto que se realizan con éxito trasplantes de todo tipo: de riñón, hígado, corazón, páncreas, pulmones, intestino, córnea, cara, médula, etc. Pero, ¿se podría también trasplantar el cerebro? Es muy probable que en un futuro, quizás no muy lejano, sea posible trasplantar un cerebro completo de un donante y conectarlo con éxito a la médula espinal del receptor. Pero hemos de tener muy presente que en el cerebro se localiza todo aquello que nos distingue esencialmente de los demás: nuestra propia personalidad, nuestros conocimientos, nuestra capacidad de abstracción, nuestra

memoria, nuestro lenguaje, nuestros sentimientos, nuestras vivencias, nuestra biografía...

Si me trasplantan uno o varios órganos de otros individuos, sigo siendo *Yo*; pero si me trasplantan el cerebro de otra persona dejo automáticamente de ser *Yo*, pasando a ser otra persona instalada en mi cuerpo. Cosas muy distintas son los trasplantes de células cerebrales o de *células madre* del propio paciente, objetos de investigación de primer orden en la actualidad y que no conllevan ningún problema de alteridad.

Una vez hechas estas consideraciones acerca del cuerpo humano, retomemos la frase *Yo = yo + mi cuerpo* y abordemos ahora el problema que surge al intentar definir el segundo *yo*. De entrada, no nos equivocaremos si lo definimos como *aquello que no es mi cuerpo* o, lo que es lo mismo, *aquello que hay en mí que no es materia*. A través de la historia de la filosofía, religiones y culturas, a la parte no material del hombre se la ha denominado con términos muy diferentes y de distinto significado; así, se la ha llamado *Ψυχή*, *psique* (*Platón* y *Aristóteles*); *πνεύμα*, *neuma*, en la Grecia antigua; *Ba* en el Antiguo Egipto; *anima* en latín; *rúaj* y *néfesch* en hebreo; *alma* y *espíritu* en la tradición judeo-cristiana; *res cogitans* (*la cosa pensante*, *Descartes*); *atributo* y *modo de la substancia divina* (*Espinoza*); *mónada* (*Leibniz*); *potencia mística* (*Schelling*); *existencialidad* (*Jaspers*). Para *Nietzsche*, por el contrario, el alma no existe, es simplemente una invención, un ente imaginario.

La Medicina y Psicología actuales utilizan el término griego *psique*, pero no en el sentido metafísico de alma, sino de *mente* o actividad mental. Actualmente, los médicos consideramos al hombre en su completa dimensión psico-somática, entendiendo que el cuerpo y la mente están íntimamente unidos e interrelacionados; así, una enfermedad del cuerpo puede afectar a la mente y viceversa. Recuerdo que hace años, pasando sala en el Hospital Naval de San Carlos en San Fernando (Cádiz), observé que me había ingresado un nuevo paciente que, desde el principio, me llamó poderosamente la atención; estaba sentado en una silla, con la cabeza cubierta por una gorra y por encima de ella una manta que le tapaba todo el cuerpo. Se mantenía inmóvil, sin hablar una sola palabra y con la cabeza agachada. El enfermo padecía la depresión más profunda que he visto en toda mi vida profesional. Antes de trasladarlo a Psiquiatría decidí hacerle un chequeo completo y le descubrí un *cáncer de páncreas*, cuya primera manifestación había sido precisamente no un síntoma somático sino psíquico, una profunda depresión somatogena.

A la inversa, un problema psíquico puede provocar síntomas somáticos, por ejemplo, un paciente con ansiedad crónica puede presentar palpitaciones, taquicardia, opresión en el pecho, vómitos, diarrea, molestias digestivas, astenia, anorexia, pérdida de peso, etc. Estos síntomas somáticos pueden hacer creer al paciente, e incluso al médico, que padece una enfermedad cardíaca, digestiva o tumoral, con lo cual la ansiedad aumentará aún más. En estos casos, los médicos decimos que el paciente presenta una *somatización* de su ansiedad o, lo que es lo mismo, ansiedad somatizada, es decir que ésta se manifiesta principalmente a través del cuerpo. Por todo ello, una

Medicina de calidad debe tener siempre en cuenta la doble vertiente psico-somática del hombre y enfocar la enfermedad desde una concepción holística.

(1): Julián Marías.-Antropología metafísica.-Alianza Editorial S.A. Madrid. MCMLXXXIII.